

JACQUES ISSOREL, *Fernando Villalón: La Pica y la pluma. Perfil biográfico, estudio, antología y bibliografía*, Sevilla, Espuela de Plata, 2011, 206 págs.

En el lento pero imparable proceso de releer y rescatar el Veintisiete, en el que lectores y críticos estamos inmersos desde hace décadas, el caso de Fernando Villalón, el poeta andaluz ganadero de la cara ancha, el poeta espiritista al que imaginamos –como figura en la cubierta del libro que reseñamos– con una garrocha en la mano montado en su caballo, es ejemplar. Todavía mucho después de su muerte, acaecida en 1930, Villalón era un nombre menor, un planeta literario casi desconocido, a la sombra de las rutilantes estrellas legendarias de la poesía mayor de la Edad de Plata. Sin embargo, como en otros casos, Villalón es uno de esos tesoros que la literatura del Veintisiete escondía y esconde, tesoros que remozan de continuo el tópico canon sancionado por las historias literarias. Por ello, un lector de comienzos de los años ochenta tenía muchas dificultades para leer a Villalón, salvo que fuera feliz propietario de algunas de sus primeras y preciosas ediciones de finales de los años veinte o de la antología con prólogo de Cossío en la editorial Hispánica del año 1944. Villalón era un raro, un poeta silenciado por la sonora melodía de los grandes del Veintisiete. No obstante teníamos un dato precioso por su significado y relevancia, pero que no supo valorarse durante muchos años: Gerardo Diego lo había incluido, pese a su magra obra truncada en plena madurez, en su espléndida y casi visionaria antología *Poesía española* de 1932, que tanto revuelo y debate suscitó por sus inclusiones y exclusiones. Si la amistad fue un ligamento precioso para aquella constelación de poetas, nadie duda hoy de que Diego nunca lo hubiera incluido en su antología si Villalón no fuera un poeta nuevo y valioso, decididamente inmerso en los “nuevos modos” poéticos de la época. Precisamente en dicha antología Villalón no está situado entre los mayores –era de la edad de Juan Ramón–, sino entre los más jóvenes, porque su afloración como poeta permite situarlo entre Alberti y Prados y porque su poesía es estrictamente hija de ese tiempo nuevo. Tampoco es casual que la fotografía que encabeza la sección de Alberti sea una conocida instantánea en la que comparten plano el propio Alberti, Villalón y Altolaguirre, en 1929, en el entorno del Palacio de Comunicaciones de Madrid, en la Plaza de Cibeles, fotografía vecina de la que encabeza la sección del propio Villalón y la de Altolaguirre, seguramente

realizadas en la misma ocasión, lo que nos advierte, tal y como hemos constatado conforme se ha ido desbrozando la historia interna del Veintisiete, que la figura de Villalón se impone no como la de un mero comparsa, sino como la de un verdadero protagonista de aquel momento. Las palabras de Gerardo Diego al devanar la vida del amigo recientemente fallecido son meridianas: “Fernando Villalón Daoiz y Halcón, Conde de Miraflores de los Ángeles, fue, para todos los que le conocimos, un ser extraordinario, de una vitalidad tan generosa y ubérrima que aún resulta fabulosa, increíble la realidad de su llorada muerte. Su vida y su carácter le sitúan en el más auténtico superrealismo, un superrealismo nada literario o fingido, sino natural, andaluz, auténtico, esto es, poético. Por eso su poesía es, en rigor, legítima poesía superrealista, poesía de origen subconsciente y de fuerza y rudeza elementales”. Así se explica, entre otras razones, su mencionada disposición en la antología entre Alberti y Prados.

A Jacques Issorel, autor de *Fernando Villalón: La Pica y la pluma. Perfil biográfico, estudio, antología y bibliografía* y uno de los mayores especialistas en la obra del de Morón, le debemos algunos de los más destacados hitos bibliográficos en ese imprescindible proceso de rescate textual y revisión crítica que el autor de *Andalucía la baja* demandaba. Desde sus primeras investigaciones y ediciones de los años ochenta hasta nuestros días (recuérdese, por ejemplo, su edición crítica de la obra poética, trabajo académico de 1980, o su Tesis, luego publicada en 1988, con el título *Fernando Villalón ou la rébellion de l'automne*, o su edición de las *Poesías completas* en 1998), Jacques Issorel no ha dejado de entregarnos espléndidas aportaciones que han situado a este poco conocido poeta andaluz en el mapa de la gran poesía española de la Edad de Plata.

Como cierre provisional a esa espléndida gavilla de aportaciones tenemos hoy esta última entrega que reseñamos, de bella factura y de emblemático título, caracterizador de la mencionada esencia humana y artística de Villalón, ganadero y escritor (la pica y la pluma), a manera de contrafacta, muy propia de su época –los años veinte–, del binomio áureo por antonomasia: “Las armas y las letras”. *La pica y la pluma* es, en realidad, mucho más que una mera antología al uso del poeta. De hecho la selección de textos, con poemas de *Andalucía la baja* (1926), *La toriada* (1928) y *Romances del 800* (1929), a los que se añade un ramillete de “poesía póstuma” interesantísimo, que incluye poemas de madurez como “Lubricán” y “Kaos” –poesía última que muestra los derroteros por los que discurrían las inquietudes líricas de

Villalón ya definitivamente vestido del traje de luces poético que le demandaban sus amigos–, apenas ocupa un tercio del conjunto del volumen, si bien tienen el valor de representar clara y dignamente la talla del poeta. Issorel ha querido y logrado construir un libro capaz de mostrar al lector la personalidad poética de Villalón con rigor y precisión filológicos. Por ello dispone al principio de *La pica y la pluma* una esclarecedora introducción construida sobre el citado binomio, espléndidamente acordado, del Villalón ganadero y del Villalón poeta. El conjunto lo remata una documentada, exhaustiva y trabajada bibliografía numerada, de sesenta páginas, con casi setecientas entradas, en la que el lector encuentra tanto las fuentes primarias como secundarias sobre el autor y su creación –concienzudamente clasificadas y ordenadas–, que le ayudan eficazmente a viajar por la obra del autor. Todo ello se completa con un utilísimo “Índice onomástico”, cuyas entradas remiten a la numeración de la bibliografía, y con un índice de revistas y periódicos, además de un inicial y conciso “Perfil biográfico” sobre cuya trama se edifica “La pica y la pluma”. Un libro así no es fruto obviamente de la ocurrencia pasajera o de la oportunidad editorial, sino el resultado de la decantación de muchos años de trabajo, dedicación y conocimiento a la obra y a la figura de Villalón. Sólo de esta manera se explica el lector la solidez de los argumentos, la oportunidad de la selección de los textos y el dominio de la bibliografía sobre el autor.

Villalón, nacido, como señalábamos, el mismo año que Juan Ramón, de quien será tempranamente compañero y amigo en los jesuitas de El Puerto, llega sin embargo tarde a la literatura como creador, pues realmente lo hizo al unísono con el Veintisiete, en la época de las Vanguardias históricas aunque incontaminado por ellas, viniendo a ser para los jóvenes poetas una especie de hermano mayor, como lo fue Moreno Villa. Issorel en su introducción explica muy bien cómo el ganadero de toros bravos, arruinado, desemboca en el poeta, que atesora la misma pasión para la pluma que antes atesorara para la pica. En sus libros lógicamente afloran sus pasiones principales: la baja Andalucía con su pasado mítico en el fértil y profundo caldo de la canción andaluza, que tenía en los Machado y Juan Ramón o en el mismo Lorca dignos modelos; los toros, protagonistas del gran poema *La toriada*, una silva densa a la manera de los grandes poemas del Veintisiete en torno al centenario gongorino, en la que Villalón desarrolla la naturaleza mítica del toro

en relación con el pasado andaluz, que abre camino a esa presencia emblemática del toro en la gran literatura y arte del XX, desde Picasso hasta Hernández o García López; o el romance como relectura histórica y emocional del presente en clave andaluza, que nos recuerda el soberbio empeño de Rivas en sus *Romances históricos*, pero sin renunciar en Villalón a la modernidad, que tenía brillantes modelos contemporáneos en los que se plantea la reinención del romance como estrofa, pero también como cauce de vida e historia literaria. Piénsese en los ejemplos de Unamuno, Juan Ramón, o en los de Diego y Lorca, entre los muchos citables.

Libros como este de Issorel, *Fernando Villalón: La pica y la pluma*, contribuyen eficazmente a precisar la condición de “personaje literario” que se ganó Villalón justificadamente a pulso (en su bizarra fusión de ganadero y poeta), pero sobre todo sirven para elevar la indiscutible talla de poeta de su autor, que afirmaba cosas tales, celebradísimas en su tiempo, como que su “ideal, como ganadero de reses bravas, se cifra en obtener un tipo de toro de lidia que tenga los ojos verdes”.

JOSÉ LUIS BERNAL SALGADO
Universidad de Extremadura